



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

IV Domingo de Adviento, 24 de diciembre de 2017

[Multimedia]

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este domingo que precede inmediatamente la Navidad, escuchamos el Evangelio de la Anunciación (cf. *Lucas* 1, 26-38).

En este pasaje evangélico podemos notar un contraste entre las promesas del ángel y la respuesta de María. Tal contraste se manifiesta en la dimensión y en el contenido de las expresiones de los dos protagonistas. El ángel dice a María: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (vv. 30-33). Es una larga revelación, que abre perspectivas inauditas. El niño que nacerá de esta humilde joven de Nazaret será llamado Hijo del Altísimo: no es posible concebir una dignidad más alta que esta. Y después la pregunta de María, con la que Ella pide explicaciones, la revelación del ángel se hace aún más detallada y sorprendente.

Sin embargo, la respuesta de María es una frase breve que no habla de gloria, no habla de privilegio, sino solo de disponibilidad y de servicio: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (v. 38). También el contenido es diferente. María no se exalta frente a la perspectiva de convertirse incluso en la madre del Mesías, sino que permanece modesta y expresa la propia adhesión al proyecto del Señor. María no presume. Es humilde, modesta. Se queda como siempre. Este contraste es significativo. Nos hace entender que María es

verdaderamente humilde y no trata de exponerse. Reconoce ser pequeña delante de Dios, y está contenta de ser así. Al mismo tiempo, es consciente de que de su respuesta depende la realización del proyecto de Dios, y que por tanto Ella está llamada a adherirse con todo su ser.

En esta circunstancia, María se presenta con una actitud que corresponde perfectamente a la del Hijo de Dios cuando viene en el mundo: Él quiere convertirse en el Siervo del Señor, ponerse al servicio de la humanidad para cumplir el proyecto del Padre. María dice: «He aquí la esclava del Señor»; y el Hijo de Dios, entrando en el mundo dice: «He aquí que vengo [...] a hacer, oh Dios, tu voluntad» (*Hebreos 10, 7- 9*). La actitud de María refleja plenamente esta declaración del Hijo de Dios, que se convierte también en hijo de María. Así la Virgen se revela colaboradora perfecta del proyecto de Dios, y se revela también discípula de su Hijo, en el Magnificat podrá proclamar que «exaltó a los humildes» (*Lucas 1, 52*), porque con esta respuesta suya humilde y generosa ha obtenido la alegría altísima, y también una gloria altísima. Mientras admiramos a nuestra Madre por su respuesta a la llamada y a la misión de Dios, le pedimos a Ella que nos ayude a cada uno de nosotros a acoger el proyecto de Dios en nuestra vida, con humildad sincera y generosidad valiente.

Después del Ángelus:

Queridos hermanos y hermanas:

En la espera orante del nacimiento de Jesús, el Príncipe de la Paz, invocamos el don de la paz para todo el mundo, especialmente para las poblaciones que más sufren a causa de los conflictos actuales. Renuevo de forma particular mi llamamiento para que, con ocasión de la Santa Navidad, las personas secuestrada —sacerdotes, religiosos y religiosas y fieles laicos— sean liberadas y puedan volver a sus casas. Rezamos por ellos. Deseo también asegurar mi oración a la población de la isla de Mindanao, en Filipinas, golpeada por un temporal que ha causado numerosas víctimas y destrucciones. Dios misericordioso acoja las almas de los difuntos y conforte a los que sufren por esta calamidad. Rezamos por esta gente. Os saludo con afecto a todos vosotros, fieles romanos y peregrinos venidos de distintos países, familias, grupos parroquiales, asociaciones. En estas horas que nos preparamos para la Navidad, os pido: encontrad algún momento para deteneros en silencio y en oración delante del pesebre, para adorar en el corazón el misterio de la verdadera Navidad, la de Jesús, que se acerca a nosotros con amor, humildad y ternura.

Y, en esos momentos, acordaros también de rezar por mí. ¡Gracias! ¡Buen domingo y buen almuerzo! ¡Hasta pronto!

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana